



¡Hogar, dulce hogar!

¡Estamos peor que Rosalinda! –se lamenta mi madre—. ¿Cómo me he dejado convencer?
¡Dios mío!

Mamá, papá, Rosalinda y yo volvemos a casa.

¡Jo! Me parece que hace siglos que mis padres me dejaron en casa de los abuelos, allí, en Pozoalbero, pero solo han pasado quince días... ¡y qué días!

El cielo azul no se parece al que nos acompañó en el viaje de ida cuando yo era un «merengue» que tenía miedo hasta de las nubes negras, pero ahora... ¡ahora soy un hombre!

Sigo teniendo la misma cara redondita y el pelo rojizo (que me cortaron por indicación del abuelo), y los mismos años, nueve, pero he cambiado. Me han pasado muchas cosas en el pueblo: aventuras, peleas, regañinas, sustos... ¡Ah!, y la fiesta de despedida en la que conocimos a Rosalinda: ¡la mejor de mi vida!

—¡Mira, mira, Rosalinda! Esto es una gasolinera.

Papá se ha detenido a repostar. Rosalinda mira curiosa a través de los cristales.

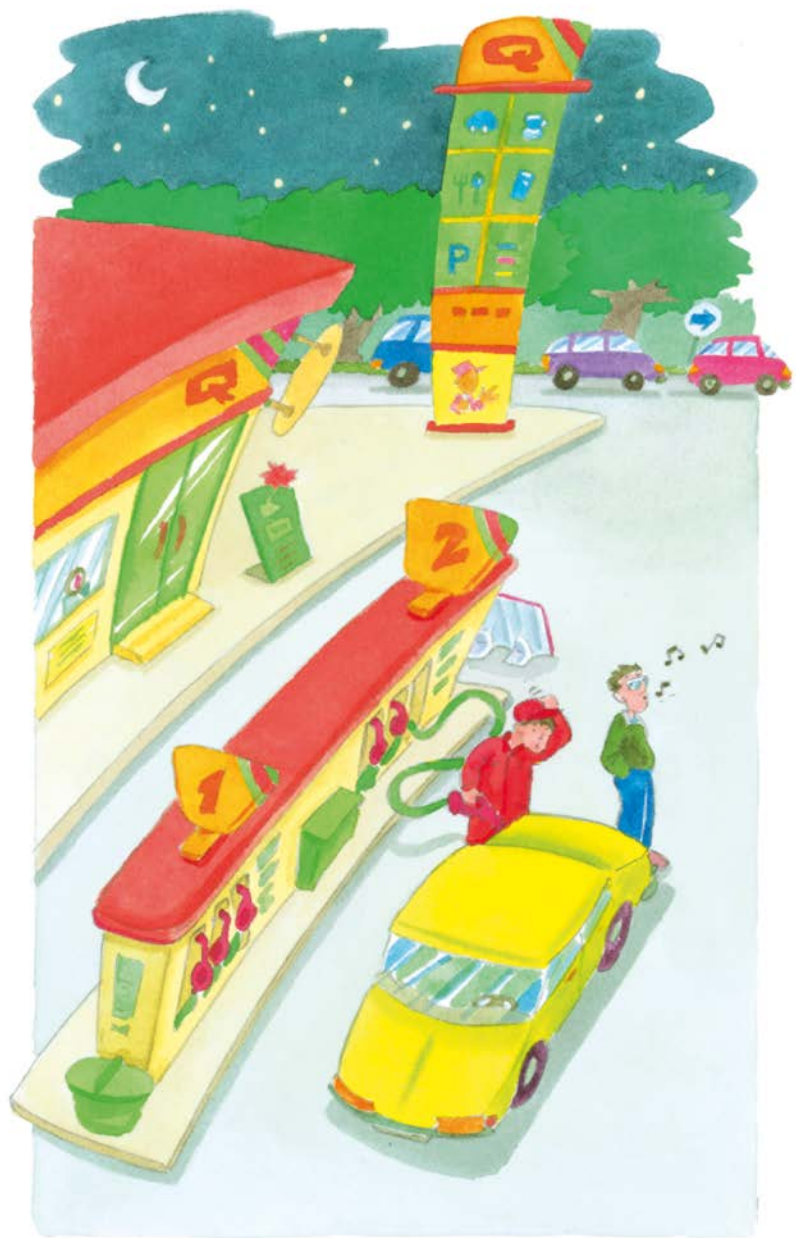
—Aquí —¿cómo te lo explicaría?— se da de comer a los coches. Los coches se alimentan de gasolina, ¿sabes?

—¿Miguel, quieres hacer pis?

—No, mami, pero ella a lo mejor sí.

—¡Huy! Ni lo sueñes, esa no se mueve de la cesta hasta que lleguemos a casa. A ver si nos van a confundir con titiriteros.

Mamá no quiere a Rosalinda. Está muy enfadada porque no la hemos dejado en el pueblo. Mi padre dijo que un regalo es un regalo y no se puede despreciar sin ofender al que lo



hace. También dijo que «ya nos apañaríamos». Así que la metimos en una cesta grande y quedó a mi cuidado.

¡Ah! Mi dulce y preciosa Rosalinda es una cabra. ¡La cabra más bonita del mundo! No lo dudes. Es suave, cálida, tiene el pelaje negro y unos tiernos ojitos que me miran, a mí me lo parece, suplicantes.

–«¡Beee...! ¡Beee...!».

–Creo que tiene hambre –susurro al oído de papá.

–«¡BEEEE...! ¡BEEEE...!» –insiste ella con fuerza.

–¡Por Dios, que se calle esa cabra! –grita mi madre.

–Es que la pobre tiene hambre.

–¡Ah! pues lo siento. Llevamos bocadillos para nosotros, pero el bicho es problema vuestro. ¿No queríais una cabra?, pues ya la tenéis.

–Vamos mujer, no seas tan gruñona y colabora un poco –papá le hace mimitos–. ¿No se te ocurre nada?

–Tírala por la ventana.

–¡NOOO! –grito, protegiéndola con mi cuerpo–. Para el coche papá y que coma la hierba de la cuneta.

–«¡Beee...! ¡Beee...!».

–Es muy pequeña, necesita leche. Pararemos en ese restaurante. A ver cómo lo arreglamos.

Mamá no quiso ni bajarse del coche. Yo no me fiaba de dejarla con Rosalinda. Papá entró solo en el restaurante y, poco después, salió con un botellín de refresco lleno de leche.

–¿Y la tetina? –dijo mamá–. ¿Crees que la cabra va a beber a morro?

Papá volvió a entrar y, como tardaba en salir, mi madre, lanzando un hondo suspiro, fue en su busca. Rosalinda se estaba poniendo insoportable. Luego volvieron los dos con la leche y un guante de goma.

–A tu madre se le ha ocurrido la idea de comprarle los guantes de goma al pinche.

–¡Nos ha clavado tres euros! Porque es una emergencia, que si no...

–¿Para qué queremos los guantes?

No me contestan. Mi padre vierte un poco de leche en el interior de uno de los guantes y mamá le corta la punta de uno de los dedos. Yo sujeto a Rosalinda, que olisquea el improvisado biberón, ¿mamará?

–¡Sííí! –grito feliz–. Le gusta.

En un santiamén se bebe la leche. Papá trae otro botellín para el camino. Nos ponemos en marcha. Intento meter a Rosalinda

en su cesta, pero se resiste. De repente da un brinco hacia adelante, en dirección a mamá, que recibe un golpe en el asiento y un vómito de leche caliente en el cuello. Grita horrorizada y asqueada. Papá da un frenazo. Rosalinda y yo terminamos revueltos en el suelo del coche, con la cesta por sombrero y todos los excrementos de la cabrita esparcidos por todas partes.

¡Qué desastre! Mamá se baja del coche e intenta limpiarse. Dentro, papá y yo ponemos un poco de orden. Huele a leche agria y a cabra.

—¡Esto es una pesadilla! —se lamenta mamá—. Y no ha hecho más que empezar.

* * *

Cuando llegamos a casa ya ha anochecido.

Vivimos en un bloque nuevo de seis plantas. Mi piso está en la cuarta, al lado de otros tres. Si haces una multiplicación sabrás que somos veinticuatro vecinos. Los hay de todas clases (me refiero a los vecinos): gruñones, simpáticos, independientes, cotillas, viejos, jóvenes y algunos niños más pequeños que yo. Tenemos un garaje común en el sótano, y desde allí se sube a casa directamente en el



ascensor (siempre que no se hayan dejado la puerta abierta en otra planta).

Entramos en el garaje y, mientras sacamos el equipaje, mi madre hace una última advertencia:

–Y no quiero que los vecinos sepan que tenemos una cabra en el piso. ¿Entendido?

–Pero mami... –protesto–, si estoy deseando que la vean mis amigos.

Los ojos de mi madre centellean, y papá me hace un gesto para que me calle y no complique más las cosas.



Rosalinda se acomoda

Quiero que Rosalinda duerma conmigo pero, como mis padres dicen que no, la acomodamos en la terraza-lavadero. Al verse libre, salta de alegría.

–«¡Beee...!».

En unos segundos tira un par de cubos y vuelca un paquete de detergente. Me apresuro a recogerlo todo. De nuevo, le damos leche. Mañana, sin falta, le compraremos un biberón.

–¡Hasta mañana, Rosalinda!

Ya en mi dormitorio, me refugio entre las mantas de la cama. ¡UF! Estoy rendido, más que rendido deshecho... ¡Qué bien se está en casita!

Recuerdo la casa de mis abuelos llena de habitaciones, sombras, armarios, alacenas, pasillos, patios... con enormes posibilidades de juegos, escondites y sobresaltos. En cambio la mía es pequeña, acogedora y carece de misterio. ¡Ah, qué bien se está!

Un gran estrépito me despierta.

«¡Corcho!». Mi despertador me muestra sus fosforescentes números en la oscuridad. Solo son las tres. ¿Qué habrá sido ese ruido?

¡¡PON CATAPLUM CHIMPLÓN!! ¡¡PLAS CLAS CHIMPLÁN!!

¡Zambomba! Suena como un terremoto.

Salgo del dormitorio, mis padres corren por el pasillo en dirección a la cocina y de golpe recuerdo que tenemos una cabra en la terraza.

–¡Rosalinda!– grito asustado.

El espectáculo es terrorífico: las queridas macetas de mamá están hechas añicos en el suelo mezcladas con los botes de limpieza, que han derramado su contenido. La estantería,



donde papá coloca primorosamente sus herramientas de bricolaje, también ha sucumbido a los embites de Rosalinda, que nos mira desafiante en medio del desastre.

—¡Las cortinas! —aúlla mamá—. ¡Ha arrancado mis cortinas de encaje! ¡Es un monstruo!

Me interpongo entre la cabra y mi madre porque temo lo peor. Mi padre acude conciliador.

—No perdamos los nervios, cariño. La pobre cabrita no ha tenido la culpa, debimos atarla y quitar todo lo que pudiera romperse.



–¿Que quite mis plantas? ¿Que quite mis cortinas? –mamá es un volcán en erupción–. ¿Pretendes decirme que para acomodar a esta maldita cabra pueblerina tengo que convertir mi casa en un aprisco?

–No, no, por supuesto que no, cielito; solo que debemos tomar precauciones.

–¡Eh! ¡Los del cuarto! –don Ramón, el vecino del segundo izquierda, nos grita desde su terraza.

Se han encendido luces en otros pisos.

–¡Que son las tres de la mañana! ¡Que a estas horas no se cambian muebles, ni se organizan fiestas!

–¡Dios mío, qué vergüenza! –solloza mi mamá.

Mi padre se asoma para disculparse.

–Lo sentimos mucho, don Ramón, es que Rosalinda nos ha hecho un pequeño estropicio en el lavadero.

–Pues estas no son horas de que el servicio trabaje. Son ustedes unos negreros.

–No, no, don Ramón, no me ha entendido. Rosalinda no es una chica de servicio es una ca... –un terrible puntapié de mamá acaba con todas las explicaciones.

–¡Beee...! ¡Beee...!

–Papá, creo que otra vez tiene hambre.

–Me voy a la cama –anuncia mi madre–. Cuando me levante no quiero ver ni rastro de este desorden. Y ya hablaremos de ese bicho, creo que ya sé qué hacer con ella.

Serían alrededor de las seis de la mañana cuando terminamos de recogerlo todo: Rosalinda parecía tranquila y satisfecha, yo estaba deseando volver a la cama y papá se encerró en el cuarto de baño para ducharse y afeitarse.



–De todas formas –dice bostezando– hoy tenía que madrugar, me esperan a las ocho en la oficina.

Vivir con Rosalinda va a ser más duro de lo que imaginaba. ¿Tendrá razón mi madre por no quererla?

–¡AHHH...! –se me abre una boca como un buzón de correos–. Mañana pensaré en todo esto...